

ciativas como la red Aktives Museum Berlin, un museo sin edificio que se configura en torno al trabajo continuo de sus integrantes, el proyecto multimedial sobre la resistencia al nazismo desarrollada en el barrio de Neukölln, las rondas de las Madres de Plaza de Mayo y las acciones con que la organización H.I.J.O.S. busca llamar la atención de los habitantes de los barrios en los que viven los responsables de crímenes que permanecen impunes.

En síntesis puede decirse que ambos simposios contribuyeron a profundizar la reflexión sobre el tema de la memoria y a poner en el tapete su internacionalidad, pero lo hicieron de diferente manera. Si en el encuentro hispano-alemán se puso el acento en la reflexión académica, el desarrollo histórico y la palabra escrita, en el diálogo entre Berlín y Buenos Aires se privilegió el intercambio sobre el trabajo concreto que se realiza en la actualidad, incluidos su anclaje teórico, su inscripción en el paisaje urbano, sus dimensiones estéticas y la diversidad de sus lenguajes. Si con respecto al primero podría criticarse que el énfasis en la cultura de la memoria enunciada en singular y localizada a nivel nacional ocluyó la tematización de la pluralidad de manifestaciones locales y sociales, incluida la de género, el segundo tuvo el defecto de haber soslayado la importancia del trabajo pedagógico. En ambos casos hubo acuerdo en que no se trata de comparar historias, sino de reflexionar sobre los modos en que las sociedades afectadas las procesan, y que ésta es la mejor contribución para hacer fluir las especificidades locales y nacionales en el gran torrente del debate sobre la globalización de la memoria.

Sandra Carreras es historiadora y actualmente se desempeña como investigadora en el Instituto Ibero-Americano de Berlín. Sus publicaciones más recientes son Preußen und Lateina-

merika. Im Spannungsfeld von Kommerz, Macht und Kultur (2004, coedición con Günther Maihold) y Entre la familia, la sociedad y el Estado: Niños y jóvenes en América Latina, siglos XIX-XX (2005, coedición con Barbara Potthast). Correo electrónico: carreras@iai.spk-berlin.de.

Walther L. Bernecker

Recuperando la memoria histórica: fosas comunes en España. Entrevista con Emilio Silva

Walter L. Bernecker (W.B.): Emilio, tú eres el fundador y Presidente de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica. ¿Esa Asociación, por qué se ha fundado y qué quiere?

Emilio Silva (E.S.): Esa Asociación se ha fundado, porque hace cinco años, el 5 de marzo del año 2000, yo casualmente encontré el lugar donde estaba enterrado mi abuelo que fue un militante de Izquierda Republicana al que un grupo de pistoleros de Falange había fusilado el 16 de octubre del año 1936. En octubre del año 2000, con un grupo de arqueólogos y forenses abrimos la fosa donde se encontraban 13 cuerpos, con mi abuelo entre ellos. Yo, lo único que quería era identificar a mi abuelo y enterrarlo con mi abuela que se había muerto seis años antes. No buscaba otra cosa, pero durante los cuatro días que duró la excavación, en el Bierzo que es una comarca limítrofe con Galicia, encontramos en pueblos, en algunos casos

* La entrevista se realizó en Berlín el 27 de mayo de 2005, con motivo del congreso internacional "La cultura de la memoria. La memoria histórica en España y Alemania".

bastantes lejanos, personas que tenían familiares desaparecidos. En general era gente muy mayor que no tiene habilidades sociales para buscar en archivos ni en nada que se le parezca, y cuando vinieron a contarnos y a pedir ayuda decidimos hacerlo. La decisión surgió por demanda, porque hubo un momento que se cruzaron una serie de personas con una demanda. Yo siempre me he interesado por el tema de la Guerra Civil, pero nunca pensé que me iba a meter en este lío.

W.B.: Y desde entonces sigues con ese trabajo. ¿Cómo ha sido el desarrollo?

E.S.: Nosotros empezamos ese año, abrimos esa fosa, eso fue en octubre del 2000, y en septiembre del 2001 abrimos otra, y empezamos a movernos por Internet, que ha sido para nosotros una herramienta de lujo, y empezó a contactarse con nosotros gente que tenía familiares desaparecidos. En algunos casos sabían algo, incluso la ubicación, y en otros no sabían nada más que se los llevaron detenidos y nunca más supieron ni dónde ni cómo. Y en el verano del año 2000, un poquito antes nosotros organizamos un campo internacional de trabajo al que asistieron 12 voluntarios de nueve países, p. ej. un checo, y de alguna manera el hecho de que vinieran extranjeros a ayudar a abrir fosas de la guerra llevó a un pequeño boom mediático. Me pasé ese verano con Santiago Macías y con él empezamos a mover esto de la Asociación. A raíz del boom mediático nos pasamos de seis a siete horas diarias hablando por teléfono. Mucha gente nos hablaba después de los telediarrios. Y así estuvo meses. Ese verano también fuimos a Naciones Unidas para pedir que se aplicara una resolución del año 1992 sobre las desapariciones forzadas que fue aprobada por el gobierno español, y a partir de ahí nos vino encima una avalancha. Lo bueno que vino es que a partir de octubre del año 2002 empezó a aparecer

gente que quería organizar asociaciones. La primera que organizamos fue la de Extremadura, el 26 de septiembre de 2002, la siguiente fue en Valladolid, luego en Cataluña y así. Y ahora hay asociaciones de las cuales algunas tienen que ver con nosotros y otras no, pero yo más o menos controlo lo que va pasando; aparecen en pueblos, en comarcas, o sea por todas partes como setas. Están apareciendo grupos que a veces trabajan más con estos temas, y otros que quieren indagar en su historia local porque hubo trabajos forzados.

W.B.: Mirando un poco la historia de España, el año 2000 es 25 años después de la muerte de Franco. ¿Por un lado, por qué se empieza con este movimiento tan tarde? Y la segunda pregunta, ¿por qué tiene tanto “éxito”? ¿Por qué ahora surgen tantos grupos?

E.S.: Yo creo que se empieza tan tarde porque en el año 1979, cuando se celebran las primeras elecciones municipales después de la muerte de Franco, ganan partidos que habían sido clandestinos durante la dictadura. Ahora la gente percibe realmente el cambio político, y en algunos lugares de España empiezan a hacerse montones de exhumaciones. Incluso se empiezan a manifestar delante de las casas de los asesinos, en sitios como en La Rioja, p. ej. en Calahorra, donde nació un movimiento, en una situación que entonces era mucho más delicada, ya que la extrema derecha estaba repartiendo palos por todas partes. Ese movimiento va creciendo, se extiende a Soria, se extiende a la rivera Navarra, y al sur de Pamplona. Nosotros tocamos algo muy sensible, y todo esto pasó en el año 1979 y 1980. Y en 1981, cuando hubo el intento del golpe de Estado, todo esto se borró del mapa. O sea el movimiento que busca físicamente a los responsables, todo eso se borra.

W.B.: ¿Tu mismo todavía no estabas involucrado en 1979?

E.S.: Yo no. Yo vivía en un pueblo que se llama Aranjuez, muy bonito, en el cual se exhumó una fosa en el año 1979 de 200 y pico personas, de lo que yo me enteré hace un año.

W.B.: ¿Y cómo se explica ahora esta proliferación?

E.S.: Tiene que ver con varias cosas. Una es la voluntad de la gente. Nosotros hemos abierto 42 fosas comunes sin ningún dinero del Estado gracias a que ha habido muchísima gente que nos ayudó, que se ha pagado sus viajes, que se ha pagado sus estancias en hoteles, etc. Por un lado eso. Por otro, yo veo en parte una angustia que viven tanto los supervivientes como sus familiares, de que es una generación que está desapareciendo, y que de alguna manera no ha recibido la honra pública que sus familias creen que se merecían. Y por otra yo creo que ha sido un pequeño “accidente sociológico”, el hecho de que muchos nietos hayan decidido interesarse por eso. Interesarse públicamente. La gente que voy conociendo es como yo. Que leían libros, que sabían que el abuelo estaba en el bando tal, que había un interés personal, pero de pronto ahora se convierte en algo público. Y además, ya se está especificando en el mundo de la publicidad. Hace mes y medio el diario *La Razón* vendía unos documentales sobre la Segunda Guerra Mundial. Y el anuncio que se ponía en televisión era una televisión, un nieto y su abuelo viendo el final de un documental. Se acaba el documental, y los dos se quedan mirando. Entonces el abuelo le pregunta al nieto, ¿vas a salir con tus amigos? Y entonces el chico se pone pensativo y responde no, mejor me quedo y hablamos. Es decir, la publicidad es muy lista y ha detectado y escenificado la existencia de este “nicho” de consumidores de historia. Y el concierto que organizamos el año pasado estaba lleno de gente joven. Eso me impresionó mucho.

Yo había trabajado en ese homenaje unos cuatro meses, y al margen de los abuelos, de la gente que yo conozco personalmente, que estaba allí, que estaba hiperemocionada, lo que más me impresionaba cuando miraba el público, era esa cantidad de gente de veinte y pocos años que había. Y yo creo que eso es un cambio. No sabemos a dónde irá ni si se va a quedar allí, en ese pequeño cambio. Pero yo creo que allí ha habido un cambio.

W.B.: De esto hablaremos un poco más tarde. ¿Esas fosas, dónde están? ¿Me figuro que estarán cerca de pueblos, no? ¿Más bien en zonas rurales, o dónde?

E.S.: Sí, de las fosas que hemos abierto no se encontraba ninguna en una ciudad. Siempre ha sido en pueblos no muy grandes y a veces hasta apartadas de los pueblos. La última que hemos abierto fue en la Villa Mayor de los Montes, en la provincia de Burgos, donde había 47 cuerpos que eran presos de la cárcel de Burgos, a los que se les había avisado traslado, y los trasladaron allí, al límite de la carretera, la número uno. Y en muchos casos, en los pueblos saben dónde están, y en algunos saben quiénes están y en otros no. En el caso de mi abuelo p. ej. lo mataron a 36 km de dónde vivía, en una carretera que quedaba a 14 km de un sitio, 12 de otro y 10 de otro. O sea en un sitio donde mi abuelo no pasó en su vida. Así que en algunos casos los alejaron suficientemente, y en otros casos los falangistas encargaban a gente de otros pueblos a matarlos para que luego no se cruzaran con su propia gente.

W.B.: ¿La gente que podéis desenterrar ahora es la gente del pueblo más cercano? ¿Entonces, cómo reacciona la gente de este pueblo ante vuestras actividades?

E.S.: Yo creo que esto es muy interesante. Y esperaba que un antropólogo con que he hablado echara una mirada sobre el asunto. Porque para un antropólogo eso es

un fenómeno parecido al de ver por un telescopio nacer una estrella. En los pueblos todavía existe miedo. Nosotros hemos estado excavando en pueblos donde bajábamos de un monte al sitio donde dormíamos, y por el camino estaba el asesino en un banquito sentado tranquilamente, tomando el sol. Y los hijos al asesino le siguen teniendo miedo. Fue muy curioso un caso en Olmedillo de Roa, un pueblo de Burgos, que vino una periodista de Bélgica y se enteró que el asesino estaba vivo. Y ella como periodista dijo, voy a ir a entrevistarlo. Y el pueblo crujó. Cuando se enteraron que una periodista estaba llamando a la puerta de don no sé qué, a preguntarle qué le parecía lo que yo estaba haciendo, la gente atrancaba las puertas.

Es un fenómeno muy curioso que al abrir la primera fosa, la de mi abuelo, ya lo vivimos: De pronto, un tema que es tabú, que no se habla de él en espacios públicos, que lo comentábamos con mi abuela en la cocina con la ventanita bien cerrada, sin subir la voz, de pronto se convierte en *el* tema. Aparecen unos tipos, unos arqueólogos que vinieron allí a no sé qué, a veces unos periodistas, unos voluntarios para ayudarles, van a comer algo en los bares del pueblo, y se convierte en *el* tema. Y yo creo que eso lo que produce es una catarsis, o sea es una revolución cultural porque un pueblo que ha pasado por una exhumación de una fosa de la Guerra Civil, la semana siguiente ya no es el mismo. Entre otras cosas porque a los familiares de los fusilados les devuelve una cierta confianza en su vida pública.

Muchos a veces, a pie de fosa, piensan a ver si nos van a hacer algo. Por ejemplo, nosotros hemos tenido mucho cuidado siempre de llamar a la policía para que cuando los restos permanecen allí por la noche, en algunos casos la policía se quedara a dormir; para la gente de los pueblos al final ver a un guardia civil cuidar una

fosa de “rojos” de la guerra escenifica el cambio. Para ellos ver a un guardia civil allí aparcado en alguna cuneta donde se están sacando algunos rojos era algo que no se habían esperado. Pero tengo que decir que nunca hemos tenido una agresión a las fosas, nunca, jamás. No hemos tenido ese miedo que al llegar a las fosas nos tiraran un pedrusco. Eso también está representando algo. Hay los que pueden estar en contra de eso, pero tienen un límite del cual no pasan.

W.B.: Exhumar fosas en un país democrático, civilizado, para mí es una función del Estado.

E.S.: Debería ser.

W.B.: ¿Cómo reacciona el Estado? ¿Habéis intentado hablar con representantes del Estado ya que son ellos los que tienen que hacer esto, que es su función, su deber, y vosotros sois la sociedad civil que en el fondo no tenéis que ver nada con esto, aparte de ser familiares? Pero el derecho de los familiares a enterrar o desenterrar a personas en un estado civilizado normalmente tiene sus límites. En el caso vuestro es justamente al revés. Sois vosotros los que hacéis el trabajo que tiene que hacer el Estado.

E.S.: Nosotros, cuando empezamos en esto, vino un chico alemán que se ofreció a ayudarnos y lo mandamos a la hemeroteca. Y le tuvimos un mes y medio sacando noticias de las exhumaciones que había hecho Franco después de terminar la Guerra. Le hicimos buscar todas las personas que tenían caídos, de la causa general, y nos sacó un tocho de los años 1939-42. Lo queríamos para documentar el hecho de que con el dinero de los que ganaron y de los que perdieron, el Estado franquista hizo su parte del “trabajo”. Hizo cientos de exhumaciones por toda España, de los caídos “por Dios y por España”. Cuando nosotros le pedimos al gobierno de Aznar que se hiciera cargo de este tema, y por

eso fuimos a Naciones Unidas, el gobierno de Aznar nos contestó que España era una sociedad que había decidido mirar hacia el futuro. Claro que el gobierno debía haberlo hecho. Y además hay un montón de resoluciones de Naciones Unidas que lo dicen. Incluso deberían investigar esas desapariciones sin la necesidad de una demanda judicial, sólo por el hecho de que hay evidencias, y nosotros tenemos un montón de evidencias. De hecho, de las 42 fosas que hemos abierto, siempre, salvo en un caso, hemos encontrado las fosas que buscábamos. Y esperamos que el Estado asuma la responsabilidad. Siempre con un miedo, que es: no es lo mismo ser un arqueólogo funcionario, que hace sus ocho horas y se larga a casa, que un arqueólogo voluntario que dedica sus vacaciones a ayudar a esta gente, y que las cuida y les explica las cosas, y tiene una inmensa paciencia con ellos, porque no es solamente un trabajo arqueológico sino que es una labor humanitaria alrededor de ese trabajo arqueológico. Y eso es lo que nos da un poco de miedo, porque evidentemente tendríamos que ser el Estado el que debería hacer ese trabajo. A muchos de los que estaban en la cuneta como mi abuelo, que era un hombre que había hecho cierto dinero en Estados Unidos, les quitaron todo lo que tenían. No se trata de que le pida el dinero al Estado, pero lo mínimo es que se decida a darle una sepultura digna.

W.B.: ¿Las exhumaciones que hacéis, las hacéis siempre a petición de algún familiar?

E.S.: Sí.

W.B.: ¿Y estos familiares están presentes?

E.S.: Sí, en las exhumaciones siempre.

W.B.: ¿Qué significa para estas personas, y concretamente para ti desenterrar a tu abuelo y sepultarlo ahora junto a tu abuela?

E.S.: Yo creo que una fosa, de alguna manera, representa una parte que tiene que ver con la historia de los republicanos españoles en el siglo XX. En una cuneta, al margen del sitio por donde se circula, echados a un lado y por debajo de la tierra. Para mí cuando buscamos la fosa de mi abuelo, durante tres días no aparecía nada, ya no quedaba casi finca por dónde buscar. Y lo primero que apareció fue cuando el operador de la excavadora dijo “aquí hay algo”; notó al meter la pala, un cambio de textura en la tierra, y salió una bota. Y fue impresionante, porque era un elemento humano. Si hubiese aparecido un hueso, habría sido algo más frío. Pero fue muy emocionante. Yo creo que, con los años que tengo, mi cultura funeraria no es como la de gente mayor de los pueblos donde es un drama no poder llevar, un primero de noviembre, flores a la tumba de sus padres, y que los vecinos vayan, como personas normales y corrientes al cementerio a rendir tributo y honrar a sus muertos. Y para ellos en el fondo es la escenificación de un funeral que no tuvieron. Se acercan sus amigos, se acercan sus familiares, le saludan, le preguntan cómo está, se acercan a mirar al muerto como se hace, como yo he enterrado a mi abuelo en un pueblo de Galicia, es decir se está escenificando un ritual que ha estado 65 años suspendido, y que por la cultura a la que pertenecemos, estamos obligados a hacerlo y necesitamos hacerlo. Aunque hayan pasado todos esos años. Yo creo que es un proceso que también representa a nivel individual lo que tiene que hacer España: encontrarse con su realidad.

W.B.: ¿Qué hacéis cuando habéis descubierto uno de estos cadáveres? ¿Hay que identificarlo, no? ¿Y esto cómo pasa?

E.S.: A veces nosotros abrimos fosas muy pequeñas, donde con la información de algunos familiares, es posible la identificación. Salvo en el caso de Burgos,

que ahora está en la Universidad Autónoma de Madrid, se realizan estudios que acaban en pruebas de ADN. De momento, nosotros hemos abierto fosas de cuatro, cinco cuerpos, y en cuatro casos se han hecho pruebas de ADN. En la fosa de mi abuelo fue por voluntad de la Universidad de Granada; él es la primera víctima de la guerra que ha sido identificada por esa prueba. Y en el caso de unas fosas de la provincia de León, otra en la de Toledo, por indicación de una juez se han encargado pruebas de ADN con cargo al Estado, que es lo que pedimos. Los costos están bajando ahora mismo en picado. Hace cinco años estaba a medio millón de pesetas una prueba, o sea tres mil euros, y ahora puedes hacer una prueba medianamente decente que no llega a los 250 euros. También a la hora de pedirle al Estado, el costo que le va a suponer, es mucho menor.

W.B.: ¿Y después de identificado este cuerpo, hay un entierro?

E.S.: Ahí ya nosotros no estamos. Si nos invita la familia, sí vamos. Pero nosotros les entregamos a la familia los restos y los objetos que han aparecido, restaurados; a veces han aparecido botones, a veces esferas de relojes y otras cosas más. Y ellos a veces tienen un debate si hay un cura o no.

W.B.: Eso te iba a preguntar. ¿Hay una ceremonia religiosa?

E.S.: Hay de todo. Yo, a mi abuelo lo enterré sin un cura, pero hay casos de entierros religiosos, con curas, o mixtos, o sin. Yo estuve en un entierro en Navarra con un cura progresista donde fue impresionante lo que dijo. Peter Burkhard estuvo hablando de un entierro en el que estuvo en Valladolid, que fue con un cura, pero con un cura cañero en favor de esto. Nosotros en esto no nos metemos, porque respetamos las creencias de cada uno. Es decir, como si se lo quieren llevar al Ganges...

W.B.: Normalmente en un entierro, uno, como persona particular, no puede hacer lo que quiere. Uno no puede enterrar a sus familiares en el jardín de su casa.

E.S.: No, pero como estas inhumaciones son todas ilegales, el Estado no puede con ellas. Quiere decir: hay un vacío en el que a nosotros nos dejan hacer. Nosotros para abrir una fosa, sólo necesitamos un permiso sanitario, por si hubiese muerto con una enfermedad contagiosa, y si no hay un problema sanitario con eso, nosotros podemos empezar a trabajar. Y necesitamos el permiso del dueño de la finca que en muchos casos son privadas. Pero el Estado no se mete, y nuestra función acaba con un informe antropológico, histórico y forense. Nosotros damos eso a la familia y los restos. Siempre nos quedamos un día, vamos al funeral, pero ahí ya no nos metemos. Nos dan mucha caña con eso los comunistas y los anarquistas. Pero el mundo rural es así, la gente lo hace por convención, porque nadie les ha enseñado otra cosa. Lo hacen como lo hacen.

W.B.: La Asociación se llama “para la Recuperación de la Memoria Histórica”. ¿Qué función le estás dando a este tipo de exhumaciones para la recuperación de la memoria histórica en España?

E.S.: Nuestros estatutos no hablan sólo de exhumaciones sino de hacer congresos, muchas cosas, de hacer homenajes, de tratar de recuperar públicamente la memoria de los republicanos. Por un lado, físicamente, que tengan una sepultura digna, y públicamente, que se hable de ellos, por lo que hicieron, no por lo que no hicieron o por lo que hicieron sus asesinos. Nosotros en este concierto del que hablé antes proyectamos 700 fotos de desaparecidos. Al día siguiente tuvimos la asamblea de la Asociación aprovechando que vino a Madrid mucha gente. Había gente mayor que vino a la asamblea que contaba que cuando vió en una pantalla

gigante delante de más de veinte mil personas la foto de su padre, y a personas como Manuel Rivas y Almudena Grandes hablando bien de ellos, para ellos fue una reparación en sí mismo. Nosotros, eso era un poco lo que buscamos. Luego detrás hay cosas como el miedo que todavía existe en los pueblos. Esto suena un poco pretencioso pero al nivel que los hacemos, produce transformación social. Hay un legado que dejaron los republicanos, que construyeron la primera democracia en España, que celebró en 1933 las primeras elecciones con sufragio general masculino y femenino; fue algo que construyeron ellos y nosotros buscamos que tengan el lugar que se merecen. Por haber construido esa primera democracia, que para mí la transición (al llamarse transición) estaba traicionando eso. Porque era una recuperación de la democracia. Porque al llamarla transición de alguna manera se estaba rompiendo directamente con una tradición democrática que había existido antes de la dictadura.

W.B.: ¿Qué queréis fomentar con vuestra Asociación?

E.S.: Hemos publicado un libro que se llama “La memoria de los olvidados”, en el que reunimos a historiadores y politólogos, testigos, víctimas, escritores. El libro es muy interesante. Quiero decir, vamos por donde podemos. No tenemos recursos. Los desaparecidos tienen que aparecer en todos los ámbitos: cine, literatura, hay un par de novelas dedicadas a las fosas. Nosotros tratamos de que aparezcan allá por donde puedan. Este año en Asturias por primera vez aparece una fosa en un libro de texto, la fosa de Val de Dios que fue fundamental. Nosotros ahora tenemos una campaña (iba a decir contra el Ministerio, pero) para que el Ministerio introduzca cambios en la enseñanza de la historia contemporánea. O sea si yo voy a abrir un libro de cuarto de ESO y todo lo

que encuentro son tres páginas, me caigo del susto al suelo. Los programas de enseñanza se diseñan políticamente, y en España es vergonzosa la historia contemporánea. Además de hablar del tema de las fosas, hablamos de algunas cosas más, y una de ellas en la que hacemos mucho hincapié es el tema de la educación. Y nos parece que es la mejor forma de cambiar la historia de esta historia.

W.B.: Una Asociación así tiene cierta finalidad. Está clara la finalidad inmediata. Pero si hablamos de medio a largo plazo, ¿qué ideas tenéis?, es decir, ¿cómo va a seguir esto? ¿Tenéis la intención de estar diez años, veinte años?

E.S.: No lo sé. Yo estoy un poco cansado, porque empecé de trabajador autónomo e invertí mucho tiempo. Yo tenía unas colaboraciones en unas revistas y escribía cinco cosas al mes y luego tenía tiempo para dedicarme a contestar correos electrónicos e irme para allí y para allá. Ahora trabajo con la televisión y lo tengo bastante más complicado. Pero quiero decir, al igual que no pude pensar que esto existiría y que estaría en Berlín en un congreso como éste, pues no lo sé. Yo puedo pensar que esto se acabará.

W.B.: ¿Pero ves la necesidad de que esto siga por algún tiempo?

E.S.: Sí, yo creo que sí. Hasta que realmente se tomen las medidas políticas y que lo solucionen. Entonces que trabajen los historiadores, y nosotros nos vamos a otra cosa mariposa.

W.B.: ¿Pero no tenéis otras finalidades como p. ej. en ciertos países latinoamericanos donde se exigen comisiones de la verdad?

E.S.: Sí, eso sí lo hemos pedido. De las comisiones de la verdad que ha habido, nosotros nos ajustaríamos al modelo de Sudáfrica. Una comisión de la verdad que no va a buscar responsabilidades generales, pero sí, lo que hicieron en

Sudáfrica en el apartheid. Tenían que relatar lo que pasó y que pidieran perdón los que tenían que pedir perdón. Ahí se acabó la cosa. En España nunca nadie ha pedido perdón y no creo que lo vayan a pedir.

W.B.: La Iglesia Católica ha pedido perdón.

E.S.: No sé yo.

W.B.: Sí, en 1971.

E.S.: Pero nosotros escribimos una carta a todos los obispos de España cuando vino el Papa hace dos años, el 3 de mayo de 2003. Y las respuestas fueron... Nosotros pedimos una comisión de la verdad para recopilar y hacer pública toda la información que todavía queda en los archivos militares y que nadie ha vaciado. Nosotros hemos tenido una pelea personal en un archivo de terror donde están los expedientes, los sumarios del País Vasco, de Galicia, de Castilla-León, de Cantabria y de Asturias. Hasta hace dos años se ponían trancas, ahora se puede entrar y hay un trabajo por hacer que es ingente. Entonces nosotros sí hemos pedido una comisión de la verdad de ese tipo al gobierno que yo creo que es necesaria, porque lo que es el problema de esa historia en España es la inexistencia de algo que se asemeje a un consenso. Entonces en la transición se hizo un consenso por arriba, pero el consenso no existía por debajo y no existe hoy, y quizá nunca exista, pero igual sí. Hay un punto en que la sociedad civil puede buscarlo y reclamarlo, y nosotros incluso podemos buscar "alianzas" con una cierta derecha que es más progresista, que es capaz de acercarse o entender este proceso y demás para tratar de construir ese consenso. Pero hay un punto en el que tienen que ser medidas políticas las que acaben de construirlo.

W.B.: ¿Cómo explicas que en España haya toda una serie de personas que no son de derechas, muy inteligentes, que en cierta manera todo este tinglado de la

memoria lo creen superfluo, lo creen no necesario, porque se ha dicho lo que se debía decir?

E.S.: ¿Gentes de derechas?

W.B.: No, no son de derechas. No voy a mencionar nombres pero hay gente que no es de derechas y que está dudando mucho de que todo esto sea necesario.

E.S.: Yo creo que lo que hacemos es un trabajo de derechos humanos. Y los derechos humanos, yo no me plantearía la pregunta si son necesarios o no. Hay gente que considera que es algo meramente emocional. Yo digo que por un lado es emocional evidentemente, pero tiene un gran significado histórico y político, y nosotros tenemos 42 informes arqueológicos, históricos y forenses de gente que fue ejecutada por falangistas. Que nos explican muchas cosas: cómo eran las ejecuciones, las torturas que hacían, montones de cosas, los objetos que hemos encontrado. Vivir eso es historia. Una fosa común es igual de comparable a un archivo. Incluso más porque en un archivo, en un sumario militar yo leo lo que me está contando un militar. Y como me lo cuenta un militar. En una fosa hay un hueso fracturado con una fractura postmortem o perimortem, antes de que lo mataran, porque se defendió, de un culatazo. Quiero decir, allí hay mucha información.

Al margen de eso yo creo que algún día todo esto tiene que estar en un archivo público a disposición de quien quiera verlo. Y luego yo creo que hay que hacer justicia con los demócratas. Es una cuestión de honorabilidad en una democracia. Yo pienso que hay gente que rechaza esto, pero es por otro tipo de intereses. O porque está defendiendo un cierto sector político o porque está defendiendo su papel en esta parte de la historia. Y en el caso de la derecha, ya han borrado sus huellas por donde le salió el dinero o por donde le salió un prestigio o por donde le salió esa

fábrica. Y esto, lo de no querer tener a un padre en la cuneta lo entiende todo el mundo. Yo creo que a veces se defienden otras cosas.

Y creo también que nuestra labor, en el fondo, es una crítica indirecta a la transición. Sin quererlo, aunque yo la critico queriendo. Pero sin quererlo, yo estoy aquí en Berlín, porque la transición no le permitió a mi abuela lo que le había permitido Franco a las viudas de los franquistas al acabar la guerra. Que si no, yo no estaría aquí. Que en el fondo este trabajo es una crítica a la Izquierda española, a la Izquierda parlamentaria. Tanto al PSOE como al PC. Porque el PC también abandonó esta historia hace muchos años y ahora a nosotros nos mete caña por todas partes porque no hacemos mítines en las exhumaciones y porque hay curas en los funerales. Quiero decir que en el fondo hay una crítica que sin enunciarla está incluida dentro de este proceso. Yo cuestiono literalmente lo que ha dicho Santos Juliá. A mí no me puede decir que la amnistía y lo que decidió esa élite universitaria de “vamos a tratar igual al asesino de un republicano que al asesino de un franquista”, que queda como una cosa de bien para todos, porque al asesino del franquista lo fusiló Franco en la postguerra y al asesino del republicano nunca le hicieron nada. Por lo tanto, nunca, ni con 20.000 leyes de amnistía, ni con 20.000 reuniones de una élite política que decida cómo tiene que ser la democracia en este país, se va a poder dar igual trato a unos y otros. Esto es imposible. Pues hubo más de 40.000 fusilados. Yo pienso que esa visión de la transición es la defensa de algo más personal.

Que 30.000 civiles estén todavía en España, y es posible que sean más, tirados en las cunetas debe ser una vergüenza para cada país, para cualquier democracia. Independientemente de mi partido, p. ej.,

nosotros tenemos conflictos con otras Asociaciones ligadas a partidos políticos, y yo lo diferencio en que ellas tienen un proyecto político para las familias y nosotros tenemos un proyecto de las familias para los políticos. Entonces estamos jugando en terrenos totalmente distintos. Yo quiero que se sepa la verdad. Yo hablaba con un chico aquí de los partidos, incluso los de la Izquierda, que tienen cosas que quieren que se vean y cosas que no se vean. Nosotros queremos que se vea todo. Ahora empieza a haber jóvenes historiadores que están haciendo un trabajo que a mí me parece fundamental con la represión ejercida por los republicanos. Algo que se dejó al lado en una historiografía de izquierdas y que se fue a manos de propagandistas de la derecha que se han dedicado a decir las sandeces que les ha dado la gana. A mí me parece absolutamente responsable que empiece a haber gente que cuente lo que hicieron los republicanos, y que lo cuente sin hacer un panfleto propagandístico. Que lo cuente como lo tiene que contar un historiador. Quiero decir que cuando eso se hace, en el fondo también hay una crítica.

W.B.: ¿Qué hacéis con los expedientes?

E.S.: En Internet los puedes ver. Tú metes en google en castellano: Informe forense Val de Dios, por poner un ejemplo. Ahí tienes al doctor Echevarría, que es una lotería que nos ha tocado, un médico forense, es un profesor de la Universidad del País Vasco que empezó en la primera fosa, la de mi abuelo, va donde le digamos, y ya verás en los informes.

W.B.: ¿Cuántos sois?

E.S.: ¿En la Asociación? Trescientos. Vamos a ver. Hay muchos más. O sea, nosotros cuando la creamos, la creamos a nivel nacional. Pues yo vivo en Madrid, y me tocaba el Ministerio del Interior. Pero hay muchísima más gente. Quiero decir que van saliendo por aquí por allá, de

manera que hay mucha gente implicada en esto ahora.

W.B.: ¿Y todo a nivel particular, sin honorarios?

E.S.: Nosotros nunca hemos tenido una subvención. Hemos tenido muchos debates, si pedirla al Estado, no pedirla, y lo que nosotros ahora hemos propuesto es que lo haga el Estado pero que deje que haya algún mecanismo de control que sea de la Asociación. Por el tema p. ej. del trato a los familiares. Hay otras Asociaciones que la han tenido. Hay unas que tienen convenios con universidades. En el año 2003, la Junta de Andalucía hizo un decreto por la memoria y allí se presentaron 85 proyectos solicitando ayuda. Y entre las Asociaciones, que las han tenido, nosotros nunca las hemos tenido. Hemos tenido gente que nos ha dejado su casa para dormir, y nos han comprado comida.

W.B.: Claro, el argumento es ése. Si estás allí durante el día, ¿ese día no podéis trabajar y ganar dinero?

E.S.: Pues, mira, te cuento cómo pagamos la exhumación más grande que hemos hecho. Eran 47 cuerpos en Villa Mayor de los Montes, provincia de Burgos, el mes de agosto pasado. Hace dos años me escribió un fotógrafo, un artista español, que vive en Nueva York y que tiene varias obras en el Reina Sofía de Madrid y que ahora ha decidido pasar de la escultura a la fotografía. Se llama Francesc Torres. El está muy interesado en hacer un trabajo con una exhumación. Se vino de Nueva York a Barcelona, es muy catalán, muy catalanista, y me dice que quiere hacer uno allí. La Generalitat se ha opuesto a las exhumaciones. Pero este hombre como quiere hacerlo, se entera de que vamos a hacer esta excavación y me llama. Y con él 15 arqueólogos, trabajando 15 días. El tiene una beca Fulbright para hacer este trabajo fotográfico. Y él pagó la comida de los 15 arqueólogos. O sea se pagaron

con una beca Fulbright. Es ridículo y muy representativo a la vez que una beca Fulbright, en un pueblo de Burgos, esté pagando la comida de los arqueólogos. De los pueblos recibimos ayuda en el sentido de que a veces necesitamos una excavadora y nos la consiguen o nos la prestan. Una vez hemos tenido ayuda para pagar un autobús que trajo a republicanos. Pero para las exhumaciones nunca hemos pedido ayuda. Porque además nos parece una forma de decirle al Estado que nosotros estamos haciendo su trabajo, con nuestro dinero: ponte a hacerlo tú.

W.B.: Muchísimas gracias por esta entrevista.

Emilio Silva es fundador de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica (www.memoriahistorica.org). Correo electrónico: esilva@eresmas.com.

Walther L. Bernecker es profesor de Cultura y Civilización de los Países Románicos, en la Universidad de Erlangen-Nürnberg. Correo electrónico: bernecker@wiso.uni-erlangen.de

**Sebastian Huhn/Anika Oettler/
Peter Peetz**

La telaraña de los discursos sobre violencia en Centroamérica

Centroamérica captó la atención internacional en los años 80 por el alto grado de violencia política que se registraba en todos los países de la región, con excepción de Costa Rica. Desde los años 90, en cambio, en el istmo se percibe un aumento exorbitante de la violencia “cotidiana”, la que se define sobre todo como violencia delincencial. Esa violencia es actualmen-